

Tras los pasos de Jane Austen

Espido Freire

FONT: FREIRE, E. *Tras los pasos de Jane Austen*. Barcelona: Editorial Planeta, S. A., 2021.

9

—

BATH DE NUEVO

La etapa de Bath se extendió hasta 1806: entre lectores y estudiosos se ha extendido la costumbre de considerar estos años como un periodo oscuro, silencioso e incluso deprimente para la autora. Se conservan muy pocas cartas que arrojen algo de claridad sobre sus emociones, o incluso sobre sus actos, y hay por lo tanto que recurrir a los hechos reseñados y a su interpretación.

Suele indicarse que, durante los años de Bath, Jane no escribió nada. «Nada» es ninguna de las seis grandes novelas. Sin demasiados datos para contrastarlo, se achaca ese hueco en su literatura como la prueba definitiva de que le faltaban ánimos e intimidad para ello, que posiblemente se encontrara demasiado demandada por su familia o abrumada por el cambio de escenario y de rutinas.

Para mí esta teoría es dudosa, e incluso podría encajar mejor, en caso de defenderla, con lo que la esperaba más adelante en Southampton: ni la ausencia de felicidad o de tiempo libre, ni siquiera los desplazamientos impiden que un escritor escriba si desea o necesita hacerlo, y la propia Jane había demostrado con anterioridad que era capaz de desarrollar una enorme creatividad con independencia de su edad y de sus circunstancias externas. El resorte de la escritura, y más aún de la narrativa, no es tan delicado como puede creerse, ni tampoco tan inmediato. En muchas ocasiones, los autores muestran una notable capacidad para gestar historias diferentes en sus años jóvenes, para después asentarse y retomar viejos argumentos en su madurez, y ahondar en lo ya creado. Se producen pausas e hiatos, crisis vitales que se vuelcan en la literatura, nuevas teorías, incluso visiones novedosas que aún no se sabe cómo

resultarán en un texto, o se precisa de más tiempo para un nuevo giro que los aleje de lo ya hecho.

Una parte esencial del proceso de creación se realiza en abstracto: observación, fabulación, planteamiento. El que Jane no garabateara páginas como en años precedentes no significa que no estuviera inmersa en algunas de las fases del proceso de escritura. Y, por otro lado, quizás los lectores y expertos hayan tendido a mirar con cierta displicencia una labor inacabable y muy ingrata que la autora llevó a cabo en Bath: la corrección y reescritura de varias obras anteriores. Se encontró, además, con otra de las pesadillas más frecuentes y temidas de un autor: una de sus obras quedó inmovilizada durante varios años debido a un contrato fraudulento de una editorial.

Asimismo, en la evolución de una autora como Jane, el peso de la lectura no puede dejarse de lado: entre las primeras obras de Steventon y los textos y tramas que elabora tras los años de Bath, las diferencias son claras, el riesgo y el gusto por nuevos temas surgen con una enorme decisión y, pese a que en un inicio puedan encontrarse ciertas similitudes, las intenciones y el desarrollo de cada una de las novelas se distinguen de manera diáfana. Jane había dejado atrás gran parte de su biblioteca de infancia, la de su padre y la de Anne Lefroy, y la oferta, muy numerosa por cierto, que presentaba Bath le permitía acercarse a novelas contemporáneas, a autores nuevos y a un infinito despliegue de maneras de narrar.

Quizás eso sirva también para que otorguemos un cierto equilibrio a la influencia de las vivencias de esos años; un escritor transforma tanto lo vivido como lo leído, como lo imaginado, en un material híbrido, en ocasiones tan bien entretelado que no puede distinguirse; en otras, mucho más ligado a una fuente de inspiración u otra. Durante ese periodo le resultaría más sencillo leer que escribir, tanto por el tiempo como por la concentración demandada. Tengo para mí que fueron años de un trabajo intenso, si bien poco perceptible, que darían luego como resultado una impresionante rapidez a la hora de redactar varias novelas en muy poco tiempo.

(...)

Ese verano los Austen de Bath, junto con Henry y Eliza, se dirigieron a Lyme Regis, que ya conocían del año anterior y que contaba con la indudable ventaja de ser muy barata. Alquilieron habitaciones en el número 10 de Broad Street, en una casa llamada Pyne

House; los propietarios de la ciudad habían visto que su oportunidad para competir con otros lugares costeros más atractivos radicaba en bajar los precios y abaratar los servicios. El resultado conllevó un tipo de turismo de baños muy diferente al de otros lugares, pero que a Jane pareció agradarle, y cuyos detalles refleja en *Persuación*. Al fin y al cabo, el mar y el aire libre, que tan bien le sentaban, eran muy similares en Dorset a los de Devon; y quizás esas fueron, dadas las circunstancias que le aguardaban, las últimas vacaciones realmente despreocupadas, aquellas en las que podría seguir cumpliendo de manera cariñosa y atenta su papel de hija menor, y las que recordaría con cariño durante mucho tiempo.

Cuando el verano finalizó, el descenso social de los Austen, el primero de varios, tuvo lugar de la manera más evidente y física: la bonita casa de Sydney, 4, daría paso a otra en el número 3 de Green Park Buildings East. No era la primera vez que visitaban esa zona o que se planteaban una vivienda allí, pero en su primera visita les había parecido que se encontraba demasiado cerca del río, y que eso provocaba que los apartamentos se inundaran a la mínima crecida. Además, la constante humedad creaba un ambiente poco saludable. Mientras se lo pudieron permitir, vivieron en una zona mejor, más higiénica, más llana y mejor considerada.

Pero, en fin, con todo, las habitaciones eran grandes y bastante luminosas, y los grandes parques atenuaban un poco la agobiante sensación del emplazamiento. Jane había corregido durante los meses anteriores una novela de juventud, epistolar y cruda, amorosa y muy moderna, que con el tiempo sería *Lady Susan*, y había iniciado otra completamente diferente a las anteriores, a la que se conoció por el nombre de los protagonistas, *Los Watson*.

Aunque inacabada y de una calidad significativamente menor que sus seis novelas más conocidas, quiero llamar la atención hacia el giro en el tono que percibimos en *Los Watson*. Jane refleja en ella de una manera más evidente y realista que en otras ficciones aquello que se encontraba al acecho en su propia vida: el cambio que se produce en una familia cuando el padre, un sacerdote, muere. La difícil situación económica que sobreviene, las tensiones y las diferencias entre hermanos provocan que las contenciones propias de la cortesía salten por los aires; encontramos una crítica social apenas encubierta, una voz grave que se lamenta y que rasga la superficie

de la Regencia, que condenaba a sus mujeres a ser orquídeas gráciles y dependientes. Aborda un tema que aparecerá en otras de sus obras, el desclasamiento, es decir, la aguda percepción de sentirse en un mundo al que la protagonista no pertenece, y no saber cómo comportarse, ni salir de él, ni dar marcha atrás.

Lo que en *La abadía* es una sátira, en *Los Watson* se transforma en una denuncia. En *La abadía...* el juego de Jane imitaba al de Cervantes con el *Quijote*, y transformaba una parodia de la novela gótica en un género mayor. Incluso en el capítulo quinto aparece una apasionada defensa del género de la novela y un listado de autores convenientes e inconvenientes, como un remedo del indulto a los libros que la sobrina de don Quijote quiere quemar en el capítulo VI.

*Por soberbia, por ignorancia o por influencia de la moda, el número de nuestros detractores es casi igual al de nuestros lectores y, mientras mil plumas se dedican a alabar el ejemplo y esfuerzo del hombre que no hace sino recopilar la historia de Inglaterra o fundir en una nueva edición algunas líneas de Milton, de Pope y de Prior, junto con un artículo del Spectator y un capítulo de Sterne, la inmensa mayoría desacredita la labor del novelista y resta importancia a obras que rebosan gracia, ingenio y buen gusto. «Yo no soy aficionado a leer novelas»; «Casi no leo novelas»; «Esta obra, para tratarse de una novela, no está del todo mal» es la cantinela habitual. «¿Qué lee usted, señorita?» «Nada... Solo una novela», nos dirá la joven, mientras abandona su libro con afectada indiferencia o con súbita vergüenza. Solo es Cecilia, Camilla o Belinda, o, por abreviar, solo es una obra en la que se muestra el esplendor de la mente, el conocimiento más íntimo de la naturaleza humana [...] con el lenguaje más escogido.**

Este párrafo, estuviera en la *Susan* original o fuera después añadido para la versión definitiva de *La abadía...* rebosa una fuerza y una rabia de la que carecen *Los Watson*. Pero, para compensar, en esa valiente novela inacabada encontramos una ruptura del tradicional modelo del amor fraterno de otras historias de Jane, cuando una hermana

(Elizabeth) previene a la menor, Emma, que se ha criado en otra familia, contra una tercera hermana, Penélope.

—Me has dejado atónita con lo que has dicho de Penélope —dijo Emma—. ¿Cómo puede una hermana hacer algo así? ¡Esa rivalidad, esa traición entre hermanas! Me da miedo tener trato con ella. Pero espero que no sea como cuentas. Las apariencias jugaban en su contra.
*—Tú no conoces a Penélope. No hay nada que no haría con tal de casarse. Te lo reconocería ella misma. No le reveles ningún secreto, te lo advierto, no confíes en ella. Tiene algunas cualidades, pero se olvida de la fe, el honor o los escrúpulos si eso le permite tomar ventaja. Deseo de corazón que se case bien. Es más, prefiero que encuentre ella un buen marido antes que conseguirlo yo.**

También en *Los Watson* podemos leer uno de los párrafos que con mayor claridad expresan lo consciente que era la autora de cuáles eran su situación y su futuro. También sus lectoras lo sabían. La primera frase de *Orgullo y prejuicio*, tan juguetona, tan divertida en su anuncio descarado de la necesidad de encontrar marido, se torna aquí amarga y profética:

*—No tengo demasiadas ganas (de casarme), pero sabes que es lo que debemos hacer. Me las arreglaría muy bien quedándome soltera: unos pocos amigos, un baile agradable de vez en cuando me bastarían, si pudiera ser joven eternamente. Pero sabes muy bien que nuestro padre no puede mantenernos, y es horrible envejecer, y ser pobre, y que se rían de una. Es verdad que he perdido a Purvis: pero muy poca gente se casa con su primer amor, y no rechazaría a otro hombre por el hecho de no ser Purvis. Eso no significa que vaya a perdonar a Penélope.***

En algún punto, después de cinco capítulos, Jane abandonó el proyecto de *Los Watson*. Algunos expertos especulan con que es posible que la historia comenzara a parecerse peligrosamente a lo que estaba viviendo, o que le resultaba dolorosa. No son pocos los

autores que en un punto dado se vuelven supersticiosos con sus obras: en un momento espeluznante, lo que describen en la ficción, en particular las desgracias, se convierte en realidad, con un detalle y una perversidad terrorífica. Si bien la probabilidad estadística e incluso una premonición inconsciente volcada en una historia son excelentes explicaciones lógicas a ese fenómeno, hay que experimentarlo para constatar ese sudor frío, esa confirmación de que somos los demiurgos de nuestro destino. Hay quien no incluye niños cercanos en sus historias, o cambia nombres de personas reales para eludir así las desgracias que pueden sobrevenir al fijar su vida sobre un papel.

O puede que no le convenciera, que hubiera intentado una aproximación fallida a la historia, que no supiera cómo salir de ella. Cassy les contó a sus sobrinas que Jane había planificado cómo finalizaba, con lo que parece poco probable que le ahogara la estructura o que se le desmandaran los personajes. Pero tampoco sabemos si eso es muy fiable, porque la sobrina que lo reveló, una hija de Frank, Catherine Hubback, finalizó la novela por su cuenta y la publicó, con lo que le convenía que esa historia de un argumento ya formulado fuera verdad.* En la actualidad, el texto suele publicarse en bruto, el original de Jane con el final sugerido como un anexo.

O, por no buscarle más pies al gato, lo más probable es que no tuviera ánimos para esa historia, y no sabemos si con el tiempo hubiera vuelto a ella, como hacía con tanta frecuencia, para ampliarla y mejorarla.

(...)

Pese a su aparente buen humor, Jane no era la misma de antes. Ella misma lo reconocía cuando calculaba que hacía siete años de un hecho en particular: «Supongo que siete años son suficientes para mudar cada poro de la piel, y cada sentimiento que hubiera en la mente».** Siete años antes ella vivía en Steventon, visitaba a sus tíos en Bath libre del escándalo del encaje; su padre, su prima, su amiga Anne vivían; se sentía joven, segura e invencible. Ahora, mes a mes, se veía involucrada en pequeños dramas cotidianos, en trivialidades que condicionaban su existencia y que no le quedaba más remedio que afrontar con humor y con cierta distancia crítica.

Tengo la impresión, por la evolución que sus cartas experimentarán desde este momento (quizás desde la que escribió el 8 de abril de 1805, y que incluye la frase

anterior), de que Jane aceptó la mediocridad que la rodeaba: hasta ese punto dudaba, en ocasiones, de sus juicios, y sus cartas y sus opiniones son más aleatorias, más superficiales. Se dirigen a entretener y a complacer a quien las lee, en especial a Cassy. A partir de esa fecha, y de manera cada vez más evidente, si bien excluye a Cassandra de ese vasto mar común y la continúa teniendo como aliada, a veces incluso con impaciencia si no responde o reacciona, Jane no se esfuerza por comprender ni por cambiar gran cosa. Sus observaciones se vuelven más incisivas, y más amargas. Hay menos juego de palabras y una ironía mayor. Si bien conserva el malabarismo verbal para los niños, el narrador y los diálogos de sus personajes sustituirán parte de la ligereza de las cartas. En cierta medida, lo que capto es un cambio de voz, como si la soprano ligera hubiera virado a lírica: los papeles que le asignan ya no representarán a jóvenes mártires, a dulces heroínas, sino a mujeres hechas y derechas, contradictorias, en ocasiones con un fondo de rabia fermentado a fuego lento.

Esa es la razón por la que le presto tanta importancia al hecho de que trabajara en esos años en *Lady Susan* y en *Los Watson*, más allá de los resultados: en ambas inicia un estudio de la maldad humana en su forma más habitual, no en la de un villano que atenaza a una heroína en peligro, sino la mezquindad, el cálculo, la frivolidad descuidada, la intención calculada de humillar y reducir al otro para conseguir un poco más de brillo, o un objetivo ambicionado a toda costa. En esos siete años, Jane ha pasado de imaginar y reproducir a describir e intuir. Es posible que fuera menos encantadora, pero mucho más interesante.